

Con el sol de medianoche.

Ricardo Riverón Rojas

En el texto narrativo *Esta tarde se pone el sol* (publicado con el sello de Aduana Vieja en el año 2006) el escritor Daniel Iglesias Kennedy expone, desde una prosa donde el esqueleto novelístico sustenta a la masa testimonial, un fragmento de la vida cubana correspondiente a los años sesenta del pasado –más nunca distante- siglo XX.

Las complejidades de la sicología de un grupo de adolescentes, conducida por los avatares autobiográficos que definen la trama del protagonista –no por casualidad llamado Dani- son el vehículo temático alrededor del cual se va configurando la imagen de una época y una realidad nacional marcadas por la intolerancia, tanto social como familiar en el caso de Dani, hacia la expresión de una individualidad recalcitrante, pugnaz en extremo frente a las encartonadas pautas igualitaristas con que entonces se aspiraba a configurar el carácter de los jóvenes.

En tal utopía se soñaba desembocar a expensas de una política educacional basada en la exaltación de lo heroico y en el reconocimiento de una “deuda histórica” que una parte de la juventud –no sé si representativa o no, pero atendible- no reconocía como propia. Y es contra ello que se manifiesta la rebelión de estos personajes; rebelión hacia adentro más que todo, en cuyas cotas rediseña la sangre una negativa rotunda que hace naufragar –por oposición a la imposición –el ímpetu altruista del proyecto.

Aunque todos los personajes de la novela –protagonista, coprotagonistas, figurantes y antagonistas- poseen relevancia psicológica suficiente para un análisis propio, prefiero detenerme en la figura de Dani: muchacho hosco, hastiado, escéptico, casi misántropo, sarcástico y por momentos capaz de crueldades que se manifiestan sin cortapisas en sus actitudes y en sus parlamentos. Un fuerte arranque existencialista matiza a este personaje, que se deleita en citas de Albert Camus, Jean Paul Sartre y otros clásicos de la corriente, y en la asunción de los modelos de conducta que esbozan.

La literatura cubana coincidente con los años de escritura de *Esta tarde se pone el sol* (1973) abunda en ejemplos donde se exponen, con falsa ceguera, actitudes de talante positivo. Y aunque ciertas valoraciones al bulto tienden a desacreditar todo lo publicado entonces debido a su coincidencia con los proyectos oficiales que desde el poder se propulsaban, no todo lo escrito y publicado en el país resulta desechable. Las mejores realizaciones de las décadas de los sesenta y setenta en ese espacio se podrían localizar, según creo, en la poesía. Pensemos en la obra de Rolando Escardó (1925-1960), José

Álvarez Baragaño (1932-1962), Rafael Alcides (1933), Fayad Jamís (1930-1988), Heberto Padilla (1932-2000) y Nicolás Guillén (1902-1987) por sólo citar algunos. Pero no hay que olvidar que del período son también los libros de géneros narrativos: *Paradiso*, de José Lezama Lima (1910-1976), *Celestino antes del alba*, de Reinaldo Arenas (1943-1992), *Los años duros*, de Jesús Díaz (1941-2001), *Condenados de Condado*, de Norberto Fuentes (1943) y *Los pasos en la hierba*, de Eduardo Heras León (1940), que dieron en su momento notas de discreta discordancia y arrastraron una saga de acontecimientos extraliterarios, creo hoy que de menor importancia para las valoraciones ceñidas a lo artístico.

Con el mismo rótulo califico también el suceso que relaciona la novela de Daniel Iglesias Kennedy (1950) con su participación o no en el premio literario Casa de las Américas de 1973. Pero no pierdo de vista que se trata de la primera obra de un joven de apenas veintitrés años, sin antecedentes como autor, separado por fecha de nacimiento en diez años, o algo menos, de los narradores arriba citados. Su texto marca, sin dudas, un distanciamiento esencial con tales antecesores, pues tanto la ejecutoria de sus personajes como su cadena de acciones y la concepción filosófica que trasluce, dejan muy poco margen para el éxtasis panglossiano con que entonces se hacía la crónica de la incorporación de los jóvenes a las heroicas tareas de la construcción socialista. *Esta tarde se pone el sol* proclama la existencia de un coto de rebeldía, de las embestidas de fiera acorralada que pueden cebarse en la marginalidad interior de un espíritu que, al no divisar salida para su auténtica expresión individualista, se deleita en la negación absoluta. En tal sentido, creo que su parentesco más cercano –ciñéndome siempre a la literatura producida dentro de la isla- se localiza en la obra de los narradores que se incubaron en los ochenta y alcanzaron a publicar en los noventa, sobre temas otrora vetados y hoy descongelados: la marginalidad, la prostitución, la corrupción, la homosexualidad, la drogadicción, la suicida emigración de los balseros y muchos otros. Vista en este panorama, la novela en cuestión, de haberse publicado en fecha más cercana a la de su escritura, hubiera resultado precursora de tales tendencias temáticas.

Los valores estructurales de esta obra de iniciación de Daniel Iglesias Kennedy se localizan, en primer término, en la habilidad para enlazar la trama del protagonista con las subtramas de los restantes personajes, en la caracterización psicológica, en el manejo del tiempo narrativo que hace posible introducir un tiempo dentro de otro, sin que los saltos temporales se adviertan y, por consiguiente, sin que la “lectura lineal” se afecte. *Esta tarde se pone el sol* es, por tanto, una novela para leer de izquierda a derecha, pues posee la gracia del buen relato que usufructúa un lenguaje narrativo depurado y sintético, a la par que exhibe ingenio y auténtica impronta oral en los diálogos.

Tanto la novela que hoy me ha ocupado como los acontecimientos que le dieron cierta notoriedad extraliteraria, son hechos superados por la obra del autor y por el propio devenir de la literatura cubana. Dentro o fuera de la Isla, míresele por donde se le mire, *Esta tarde se pone el sol* es un texto cubano en su magnitud más íntima y esencial. Sus páginas nos entregan un testimonio de valor sobre el modo de vivir y pensar de un sector de la juventud en años en que, con romo y grueso criterio, se quiso reducir a la literatura a una única función: la educativa.

Ricardo Riverón Rojas es poeta, ensayista y editor. Ha obtenido diversos premios literarios en Cuba. Reside en Santa Clara.